



Después de la vida, la dignidad

Por Carolina Santos Segundo



Foto: Cortesía de la Agencia de Noticias de Mujeres Indígenas y Afrodescendientes

ME ALEGRA VER
A LAS CHICAS
ESTUDIAR
Y FORMULARSE
UN PLAN DE VIDA
DISTINTO AL
TRADICIONAL

Mi interés en los derechos humanos empezó con la defensa por mi educación. En mi comunidad de origen mazahua, San Nicolás Guadalupe, en San Felipe del Progreso, las mujeres no cuentan con los mismos privilegios que los hombres; la mayoría de ellas suele dejar su hogar para trabajar en Toluca y en la Ciudad de México y así contribuir al ingreso económico. Esto era lo que se esperaba de mí, pero yo decidí seguir estudiando y ser profesionista. Así cambié mi destino.

Cuando egresé de la carrera de Comunicación me integré como voluntaria a una ONG, en la que apoyaba a niños para que mejoraran su rendimiento académico o que participaran en eventos deportivos. También colaboré en talleres para adolescentes y jóvenes en materia de deserción escolar, prevención de embarazo a temprana edad, adicciones y violencia en el noviazgo.

Actualmente soy parte de la Alianza de Mujeres Indígenas de Centroamérica y México, donde capacitamos a mujeres indígenas de comunidades rurales para que compartan su experiencia y ayuden a generar nuevas opciones de crecimiento personal. Varios de los temas tratados no son parte de su cotidianidad y, en ese sentido, su participación es importante porque todo el tiempo están ocupadas en el campo y el cuidado de los animales, la atención a los hijos y los quehaceres de la casa. Tener un tiempo para ellas y acceder a la información son actividades bien valoradas.

Con la obtención del Premio Nacional de la Juventud me doy cuenta del gran impacto nacional e internacional que puede tener un reconocimiento de este tipo, así como de la legitimidad de nuestra labor, puesto que puede abrir el camino a otras mujeres. Este año fue el primero en el que Instituto Mexicano de la Juventud seleccionó a tres finalistas por categoría y convocó a la sociedad a votar por el candidato que considerara merecedor de este premio. El respaldo de la gente fue uno de los momentos más emotivos. Ser parte de una comunidad indígena, hablar la lengua mazahua y conocer sus tradiciones es maravilloso.

Después de la vida, lo más importante que las personas tenemos es nuestra dignidad. Los derechos humanos están basados en ella, por eso el gran reto es garantizar que sea respetada, tanto en el ámbito físico como psicológico.

En el estudio de la comunicación lo que más me gusta es la fotografía, el video y la facilidad de palabra que he desarrollado, todo desde el enfoque intercultural, porque es inclusivo. Con la maestría he aprendido a ser más analítica, más crítica y he ampliado mis perspectivas sobre un mismo tema. Ahora estoy investigando las posibilidades de la calidad de vida, a partir de las aportaciones de Martha Nussbaum, respecto a cómo puede ser el desarrollo del potencial que tiene una persona, si cuenta con las mismas oportunidades que todos para su florecimiento.

Los estudios también se complementan, por un lado, con mi participación en el Consejo Consultivo de la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México; allí me encargo de evaluar las actividades que desempeña este organismo a lo largo del mes y con mis compañeros y compañeras consejeros realizamos propuestas de mejora. Somos un órgano colegiado. Por otro lado, en la Agencia de Noticias de Mujeres Indígenas y Afrodescendientes, la primera de este tipo y con el aval de la ONU, hago fotografía y video.

En cuanto a la preservación de las lenguas indígenas, la situación es preocupante y sin duda hay una crisis. En el Estado de México, la lengua mazahua es la que tiene el mayor número de hablantes, sin embargo son en su mayoría personas adultas o de la tercera edad y esto es lo que preocupa porque la lengua ya no se está enseñando ni practicando por las nuevas generaciones. Revivir una lengua implica que al menos existan dos personas dispuestas a generar un proceso comunicativo en lengua indígena; es un tema sensible, pues cuando se pierde una lengua, se pierde la manera de ver, sentir y pensar la vida; se pierde toda una cultura. Mi misión, por tanto, es procurar que nuestros pueblos indígenas tengan acceso a la modernidad sin discriminación y sin necesidad de soslayar su origen. 

SIEMPRE HE ESTADO
MUY ORGULLOSA
DE MIS RAÍCES, DE
MI CULTURA Y DE
TODO LO QUE HA
FORMADO PARTE
DE MI VIDA



Carolina Santos Segundo es licenciada en Comunicación Intercultural por la Universidad Intercultural del Estado de México y estudia la Maestría en Humanidades, con enfoque en Investigación en Ética Social en la UAEM. Fue galardonada con el Premio Nacional de la Juventud en la categoría B de Derechos Humanos por su trayectoria en la defensa de éstos, particularmente de los pueblos indígenas y del acceso de las mujeres a la educación.